

Narrativas pueblerinas

Jorge Giraldo Ramírez

“Antioquia se hizo en los campos, en los pueblos y en los caminos”

Belisario Betacur

Tengo recuerdos de algunas tertulias de Manuel Mejía Vallejo en el parque de Jardín, sobre la carrera Córdoba, al pie del Hotel Jardín que era el único —o al menos el principal— en los tiempos ya viejos de fines de los años setenta y principios de los ochenta, antes de que la guerra espantara a todo el mundo. Juntaban mesas de algún negocio y se bebían la conversa una veintena de invitados. Aquello era exactamente en la diagonal opuesta a la casa donde pasó su infancia el escritor antes de irse a estudiar a Medellín.

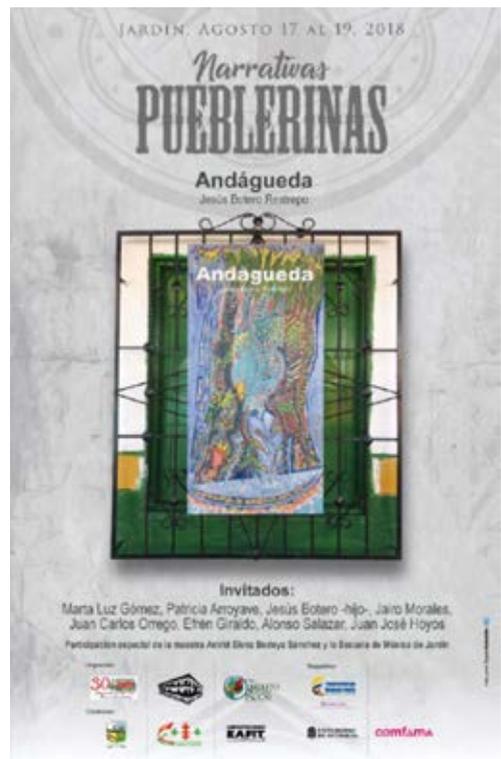
Mejía Vallejo siempre fue un referente de Jardín y del suroeste antioqueño, región a la que solía considerar un país. Recordemos que en su origen la palabra país indica un campo tan delimitado como una finca o, un poco más vago y extenso, como un territorio, cuyos habitantes son paisanos. Yo prefiero asociar el país a otra palabra que tiene la misma etimología: paisaje. En este caso el país coincidiría con el paisaje, es decir, sería aquella región cuya homogeneidad radica en el paisaje.

Uno puede concebir ese país como la sumatoria de las panorámicas que se aprecian desde El Mirador —así se llama— en la vía de Jardín a Riosucio o en la salida de Buenos Aires, en Andes, hacia Jericó, o desde los altos de la vereda El Silencio, en Tarsó, o en las montañas circundantes de Caramanta, hacia el cañón del río Cauca, o la vista del mismo cañón desde Marsella.

Quizás el texto que mejor refleje esa visión de Mejía Vallejo sea su prólogo a *Andágueda*, la novela de Jesús Botero Restrepo, otro jardineño. Al final de la misma aparece una lista breve de personajes que encarnaban la creatividad literaria y artística de las gentes del suroeste¹. No hay dudas de que se trata de una reivindicación; una parecida a la que hizo Belisario Betancur en una conferencia de 1973: **“Antioquia se hizo en los campos, en los pueblos y en los caminos”**. También allí se forjaron sus expresiones espirituales. Betancur, en la misma conferencia, advertía que Antioquia debía “reconstruir los canales de su vitalidad provinciana, si no quiere ver a Medellín convertida en un vampiro que la succiona para rodearse de espectros”².

1 Manuel Mejía Vallejo, “Prólogo” (1986), en Jesús Botero Restrepo (2018), *Andágueda. Café exasperación*, Medellín, Editorial EAFIT – Narrativas pueblerinas.

2 Belisario Betancur (1973), “Antioquia en busca de sí misma”, en Jaime Jaramillo Escobar, selección y prólogo, (2003), *El ensayo en Antioquia*, Medellín, Biblioteca Pública Piloto – Alcaldía de Medellín



Sobre esas dos ideas descansa la iniciativa que nombramos *Narrativas pueblerinas*: ayudar a revitalizar los espacios culturales de ese país que se denominó sin mucha inventiva el suroeste antioqueño, que más o menos puede coincidir geográficamente con lo que el historiador jericano Juan Carlos Vélez describió como “los pueblos allende el río Cauca” y que puede incluir —como en la novela de Botero o en diarios como los de Juan de Dios Restrepo o Laura Montoya— la parte posterior de los Farallones del Citará... en Chocó.

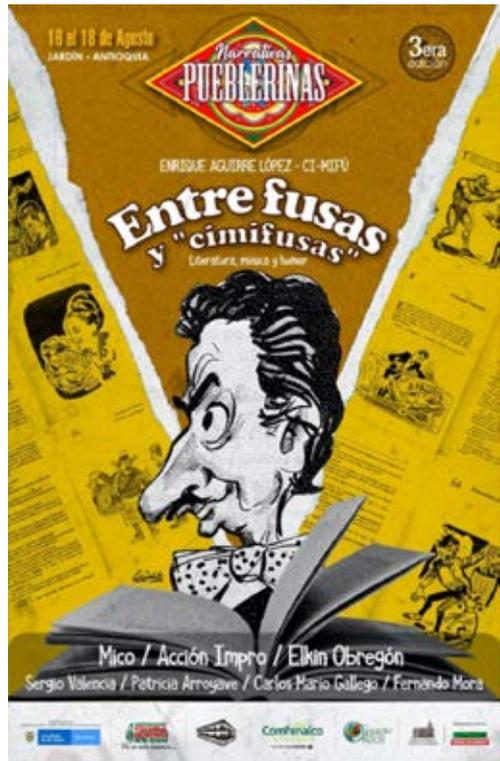
Lo pueblerino

Cuando se pensó en el nombre se quiso, en consecuencia con esas dos

ideas, **rescatar el apelativo pueblerino** que se había vuelto peyorativo en el lenguaje de los urbanitas neófitos y esnobistas. “Me declaro pueblerino”, decía Belisario en el texto que estoy citando. Un recordatorio a las nuevas generaciones cosmopolitas de que, desde Tomás Carrasquilla hasta Jaime Jaramillo Escobar, pasando por Barba Jacob, gran parte de nuestro legado proviene de personajes de pueblo, tanto autores como caracteres ficticiales.

La palabra “narrativas”

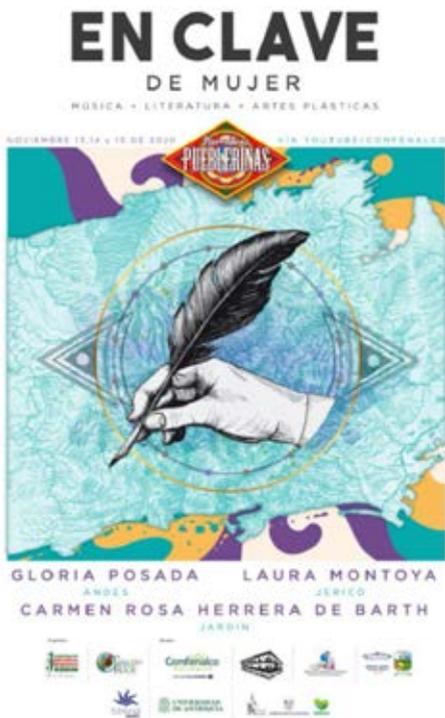
Se buscó adoptar un significante amplio que incluyera los autores regionales de obras de ficción, poesía, relato histórico o biográfico, ensayo, guion teatral o cinematográfico, o de géneros considerados menores como el epistolar o humorístico, en fin. La palabra se nos quedó corta puesto que desde el principio se involucraron otras expresiones cultivadas en Jardín como la música, las artes plásticas, la danza, el teatro, aunque, hasta ahora el centro siguen siendo una o varias figuras autorales. De esta manera, y después de cinco ediciones, podría resumirse nuestra motivación como las ganas de celebrar y recordar a los creadores que nacieron y se criaron en estos pueblos y mostrar el talento de sus músicos, pintores y escritores, y hacer escuchar y ayudar a comprender las expresiones que surgen de la vivencia local y regional. (A propósito,



¿cómo nos dicen a los nacidos en el suroeste? Me gustaría que nos llamaran citarás, como lo hizo el poeta Cote Lamus en su visita a la vertiente occidental de los Farallones³.)

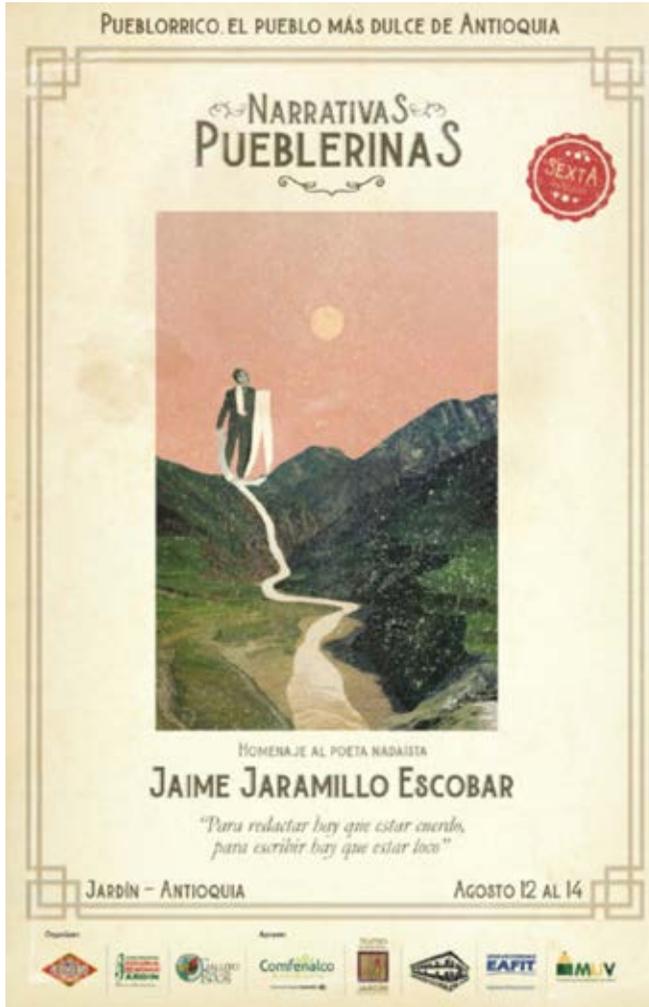
La denominación que solemos darle a Narrativas pueblerinas es encuentro, porque en encontrarse radica el complemento de la intención. Encuentro de los locales con los nombres y las obras que, conozcan o no, deben ser de su interés por que hablan de nosotros, los ancestros, los cuentos escuchados, el entorno que se respira, tanto cuando abruma como cuando alegra. Encuentro de

³ Eduardo Cote Lamus (1990), *Diario del Alto San Juan y del Atrato*, Bogotá, Fundación Simón y Lola Gubereck



públicos curiosos con las personas que cuidan y estudian esa tradición literaria y estética. Encuentro de estos expertos con la vida y el ambiente de esos lugares y gentes que habitan las obras que estudian con esmero. Encuentros imprevistos de los familiares de los autores, con sus lectores, estudiosos y con un pueblo que les resulta un recuerdo borroso de sus ancestros. Y quién sabe que conexiones impensadas puedan darse en el futuro a partir de la oportunidad que se crea con cada jornada. Que la sede de Narrativas pueblerinas sea Jardín obedece al simple hecho de que sus promotores somos jardineños o personas que nos hemos

asentado o tenemos vínculos estrechos con el pueblo; y que perdure se debe a que la población cuenta con las redes culturales suficientes como para que se pueda realizar una actividad que, aunque acotada, demanda energías locales. Me refiero, principalmente, a la Corporación Cultural y a la Escuela de Música, entidades con una trayectoria de varias décadas que se han apersonado del proyecto. Desde la primera edición realizada en 2017, se ha podido contar con el apoyo constante de Comfenalco, la Fundación MUV y las universidades de Antioquia y EAFIT. Como suele suceder, los apoyos oficiales son más inconstantes y contingentes. Ventu-



Sexto encuentro, dedicado a Jaime Jaramillo Escobar. Narrativas va más allá de la literatura, incluye música, danza, teatro y artes plásticas.

roso ha sido contar desde el 2019 con el espacio del Teatro Jardín, reconstruido por el gobierno nacional y administrado por Comfenalco.

Los programas de este encuentro: de 2018 al presente

Para elaborar los sucesivos programas solo se contó con un criterio adicional a los ya mencionados: empezar por los autores jardineños, al menos los más conocidos.

El primer programa, por supuesto, fue dedicado a Manuel Mejía Vallejo, el segundo a Jesús Botero Restrepo —de quien Gonzalo Arango dijo que era “el mejor novelista irrealizado de Colombia”⁴—, el tercero a Enrique Aguirre López y el cuarto a Carmen Rosa Herrera de Barth. Los

4 Gonzalo Arango, “Proa a Ítaca”, en Jesús Botero Restrepo (2009), *El tiempo se ha quedado solo: cuentos y poemas*, Medellín, Fondo Editorial EAFIT.

dos últimos, más arduos por razones similares. Aguirre —conocido popularmente como Cimifú— fue escritor de humor y protagonista de discos y televisión en el mismo género, su trabajo no ha contado con la atención de los críticos ni con reediciones. Carrosa, como firmaba a veces la señora Herrera de Barth, tampoco; además, ese cuarto encuentro se efectuó por internet, dadas las severas restricciones que sufrimos a raíz de la pandemia y que seguían vigentes en noviembre del 2020. Las limitaciones culturales nos obligaron en esa ocasión a ampliar el programa con Laura Montoya —que merece un capítulo especial— y la escritora andina Gloria Posada Restrepo. El quinto encuentro se consagró a Mario Escobar Velásquez y al músico Hipólito Cárdenas, también tamesino. Y el sexto al poeta pueblorriqueño Jaime Jaramillo Escobar.

Como pueblerinos todos, estos autores, se desplazaron de sus lugares de nacimiento a la sombra de sus familias, buscando educación o trabajo, o por las fuerzas centrípetas del amor o del arte. En todos los casos esto significó el sometimiento a la energía succionadora de Medellín, parcial, eso sí, porque todos deambularon por diversos lugares del departamento y del país. Su obra resulta así nutrida por una fuente “intermunicipal”, como decía Aguirre López de sí mismo. Como nos pasa a todos los pueblerinos, ellos son

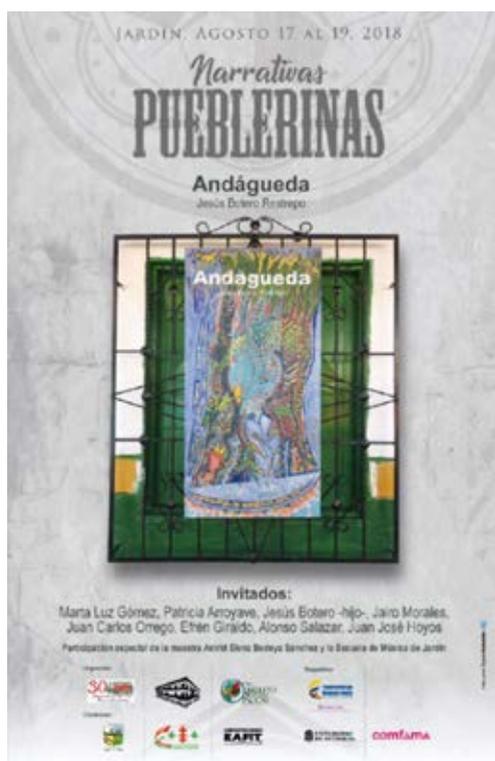
de muchas partes: donde crecieron, donde se hicieron, donde trabajaron, de allí donde extrajeron su inventiva y su pasión comunicativa.

Aunque no se trata de un proyecto ambicioso ni se cuenta con un respaldo económico holgado, **Narrativas pueblerinas va construyendo su huella.**

La conferencia que pronunció Eduardo Escobar durante el primer encuentro fue publicada por Universo Centro⁵; *Andágueda* fue reeditado después de cuarenta años de la edición que hizo la Biblioteca de Autores Antioqueños, gracias a los buenos oficios de la Editorial EAFIT y al aporte económico del Ministerio de Cultura, que canalizamos con ese objetivo. La misma Editorial EAFIT, gracias al apoyo de Juan Luis Mejía y Claudia Ivonne Giraldo, acompañó el cuarto encuentro con la reedición de *Una vida de cualquiera*⁶. El quinto encuentro contribuyó a impulsar la difusión de la Biblioteca Mario Escobar Velásquez, empresa en adelanto en la que participan Hilo de Plata Editores, Sílabas y la Editorial EAFIT. No creo hacer ningún acto de usurpación si digo que, al menos, Narrativas pueblerinas contribuye a alimentar el entorno en el que se prodigan grupos de lectura, circulación de libros y otras iniciativas literarias en Bolívar,

5 Eduardo Escobar (2019), “Manuel Mejía Vallejo y los nadaístas”, Universo Centro 112.

6 Carmen Rosa Herrera de Barth (2020), *Una vida de cualquiera*, Medellín, Editorial EAFIT



Jericó, Támesis, Venecia, haciendo eco al trabajo de Jairo Morales desde la Biblioteca Pública Piloto y de María Stella Girón desde la Universidad de Antioquia.

En fin, se trata de uno entre otros esfuerzos significativos por impulsar las actividades que dan regocijo a la mente y al espíritu, que expanden la tarea de los educadores y enriquecen la cotidianidad de los pobladores y las alternativas del creciente número de turistas de la región. Algo bello está latente ahí.

Jorge Giraldo Ramírez

Jardín (Antioquia), 1957. Doctor en filosofía y profesor emérito de la Universidad EAFIT. Asesor académico de Narrativas Pueblerinas y columnista del periódico El Colombiano. Sus libros más recientes son: Democracia y libertad: una conversación contemporánea (Lecturas Comfama, 2019), Marx después del marxismo (Universidad de Antioquia, 2019), Populistas a la colombiana (Debate, 2018), Ideas en la guerra (Debate, 2019), Fernando González, política, ensayo y ficción (coedición con Efrén Giraldo, Editorial EAFIT, 2016) y Antioquia imaginada (Editorial EAFIT, 2013).